





DÓMINUS



Yolanda F. Rodríguez Toledo

DÓMINUS



Primera edición: noviembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Yolanda F. Rodríguez Toledo

© Imagen de portada: *Automat* de Edward Hooper

ISBN: 978-84-17548-68-1

ISBN digital: 978-84-17548-69-8

Depósito legal: M-37492-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



Para Joseito, Anima pars dimidia meae.

*Tantos amigos he perdido y,
todavía, sus espacios vacíos permanecen en mí.
Es para los que nunca me abandonaron,
este poemario.*

*Para mis hermanos Fernando, Maribel y Freddy,
con la esperanza de que un día...*

*A mi madre,
por mostrarme las transfiguraciones de la vida,
su multiplicidad y subterfugio.*

*A mi padre,
por legarme el paradero de sus infernalizaciones.*





Es el eterno rito de la espera a lo que me sometes.
(Red literal; hoy quiero conversar; sé complaciente.)
Estoy frente a una iglesia, en una plaza, en la vía
de los símbolos —Dios es occidental; la plaza es tuya;
símbolos son palabras que me pusieron, mis grilletes...

ÁNGEL ESCOBAR



DÓMINUS

...No hables por mí.
Solo escúchame, rózame;
apoyenta esta vigilia estática,
oprimente...

ÁNGEL ESCOBAR



I

Trasluz del pórtico, vista sigilosa de la hormiga
camino a su escondite.
La tierra interior está temblando.
Boquete, rajadura de la víbora celeste,
gris en vilo toca el fondo:
reflujo que se desprende contra un capullo de lombriz.
Quietud, luz de la flor sobre el pantano,
(baja la noche) árbol sumergido
contra un montón de cabezas.

II

Queda la pared y su sombra.
El ojal (como un himno) huele a flores yacientes;
el cerezo está contaminado con pulgones,
los frutos toman forma de picos inmensos,
se confunden en la resina. Hilo de cera,
ponzoña que la abeja pierde en irisar la savia (señal),
alimañas que hieden a raíces muertas;
gusanos que duermen en la fosa perceptible del bullicio
donde la encima huesa es noche que devora
mientras cae.

III

Aquí abajo caen voces, no mi voz;
voces cuchichean sobre la mesa de pino,
(escucha) mi madre acuna lluvias centenarias
que miran por la rajadura, alza la vista (queda)
en la cima de las llamas blancas.
Su cabeza dice (observa) el tablero, el papel
y el busto erguido del firmamento.
Aseguro que mi voz fue robada
al manotazo iniciador de los veranos,
a la cabeza amamantada con amplitud.
Siento el batir de la brisa en lo eterno:
árbol aterido, reflejo inabordable
de la voz primera, que no es esta, es otra
cercana, visible, cada vez más temblorosa
junto al amor destemplado,
fungible de otrora.

IV

Isaac nunca lo supo, la espuma redimió a sus mujeres.
Algo encorvado reposa, misteriosamente descubre
que la muchedumbre es de arena.

La lluvia fue quemada bajo el limo, a contraluz,
y quedan cítaras en el lastre de la multiplicación.
Irrumpe, se abalanza el movimiento sobre una flor,
es asterisco que oscila en la araña y deja esporas:
celdillas sueltas (ventanas) vestigios
de un espesor que tiene eco.

La nada era cierta, ya cae ese eslabón del vidrio
a punto de ser la pieza que el pájaro-pergamino sostiene.
Junto a él (ahora) los árboles,
de sus ramas cuelgan las raíces del Ficus
que proliferan este mediodía.

Es un bosque de gigantísimos mariposones;
semillas hacia el urdido paisaje.

Después, la tierra vuelve al carbón
disperso en los vegetales,
desciende a los reptiles en cuya aparición
hay planicies circunscritas (meridianos)

que originan la mugre por donde el brazo
va llamando para entrar (esta voz) al reino
de la ordinaria naturaleza que supone ser
un cuadrúpedo moribundo,
lenta efusión del cuerpo tras su eco.